

Consideración turística del Camino de Santiago

José Luis Herrera*

RESUMEN

El Camino de Santiago es —todavía— un hecho físico. Es —todavía— un hecho cultural, que rebasa, incluso, su mera consideración religiosa. Hablamos del Camino de Santiago real y verdadero, recién recorrido a pie, paso a paso, a lo largo de sus más de setecientos kilómetros; no del mito, del tópico, del Camino conocido de oídas o por citas de tercera mano. Hablamos de ese conjunto de naturaleza, historia, arte, trato, mesa, conocimiento, conciencia que, hay que insistir, existe *todavía* en la realidad, aunque amenazado por la discontinuidad, herido por la agresividad de los suelos, ciego de señalización precaria cuando no carente. Está vivo porque, pese a todo, aún hay quien lo anda. Pero morirá, se convertirá en vestigio y en cita acreditativa de oradores mentecatos el día en que resulta, por impracticable, por interrumpido, por confuso, una cosa abstracta que dicen que iba por los montes, o bien otra cosa que se ha llevado al asfalto: una vulgar y mocha falsificación.

Hay realidades —hechos— como el «Camino de Santiago», respecto de las cuales no caben más que dos actitudes: dejar que se lo cuenten a uno, o meterse en él, y caminar, paso a paso, sus más de setecientos kilómetros, para contárselo a los demás. Lo que no cabe es el silencio, la indiferencia. Acabo de hacer a pie, en treinta y seis mágicos días, el «Camino de Santiago». Ya lo contaré. Pero debo antes, urgido por lo que he visto y por lo que he sentido, dejarme el resuello en un estrepitoso toque de atención respecto al hecho, a las posibilidades, a los riesgos que el «Camino de Santiago» constituye, entraña y padece, en su consideración de *pieza única* respecto de esa suma de disfrute físico y enriquecimiento interior que, a veces, entendemos por turismo. Un turismo que, en este caso, no va a limitarse nunca al reposo, a la pura diversión, a la fiesta humana que consiste en comer bien y beber mejor; pero que tampoco tiene por qué excluir de su contenido finalidades tan considerables y provechosas. El turismo cultural —que se hace, a veces, como ejercicio de abstinencias y ayunos tan obligados como meritorios— no requiere por sí mismo la ascética. Por lo mismo que, aún cuando se practique con buena mesa y riego pródigo, difícilmente puede prescindir de cierta dosis de mística. Vamos allá.

1. El hecho

A cualquiera que frecuente los escritos de nuestros intelectuales más reputados y progresivos llamará la atención un silencio tan abrumador como sospechoso respecto de Santiago y las peregrinaciones jacobeanas. O en su defecto, el afán de empequeñecerlos o de echar a magias, conjuros y maquinaciones lo que Santiago y el Camino son y significan. Once copiosos tomos de obras completas constituyen, por el momento, el legado intelectual de Ortega y Gasset, por ejemplo, sin que en ellos se mencionen los nombres de Compostela, de Galicia o de las peregrinaciones. No hay ocasión, por ejemplo, en que Baroja, en su *Guía del País Vasco* mencione el «Camino de Santiago», sin que añada un ribete peyorativo y empequeñecedor, alusivo a lo lejano y seguramente poco nutrido de las peregrinaciones. Sólo Unamuno —Unamuno anduvo siempre solo— denuncia expresamente la falta de consideración de los españoles respecto al hecho del Camino y a la significación de Compostela. Y es inevitable que uno se pregunte por qué, sobre todo pensando —por contrario ejemplo— en la dimensión poética de Santiago y su caminata, que relumbra en Berceo y culmina en Gerardo Diego.

*Escritor



La cruz elemental en la intemperie de los montes, Camino de San Juan de Ortega, debió tener un motivo, expreso en la leyenda que el viento y el agua destruyeron. Queda sólo un resto, una nostalgia. Y apenas un indicio del camino que hay que adivinar entre la hierba.

Es claro que en ese silencio, sospechoso por lo colectivo, hay de todo y poco bueno. Porque hay, por una parte, puerilidad. Porque no falta, por otra, petulancia. Porque gentes de tan alta graduación humana e intelectual cayeron en la ingenuidad de pensar que la aceptación del hecho del Camino, el hecho de Compostela, significaría, por sí mismo, la aceptación de todo el contenido religioso y devoto del caso. Que enfrentarse con la fachada de Obradoiro, con el románico de León, de Palencia —y así hasta el Pirineo— con los órganos de Tierra de Campos o los monasterios de Navarra, significa un acto deliberado de aceptación de toda la tradición y devoción compostelana. Pero también cayeron en la petulancia de pensar que, silenciadas por ellos Compostela y *su circunstancia*, dejarían de existir la circunstancia y Compostela, el Camino y su término proporcionado. Y resulta que ni lo uno significa confesión de nada, ni lo otro consigue más que la evidencia de los protagonistas, Porque las cosas existen aunque no se quieran ver. Y no dejan de existir, por mucho que sobre ellas caiga ese vicio tan feo del intelectual español establecido, que es el silencio penal, deliberado y, en el fondo, envidioso.

Compostela y el Camino están ahí, sean los huesos de Santiago los que están enterrados —más bien *enarcados*— en la catedral, sean los de Prisciliano; y con mucha desproporción y maravilla si fueran los de un pollino. A Compostela puede irse con las más diversas intenciones. Desde la beatería rebosante a la curiosidad más paisana. Lo único que intelectualmente no puede hacerse es no ir. O pensar que el propio silencio va a arrasar al Camino, sin dejar piedra en pie ni títere con cabeza. Otra vez el solo y humano don Miguel de Unamuno tenía razón. Porque el «Camino de Santiago» sigue ahí, sonando por encima del silencio.

Pero Unamuno tenía también la otra razón. Porque sigue válida, también, la queja. Porque el Camino está, y somos nosotros, sus propietarios naturales y camineros natos, los que seguimos casi sin ente-

rarnos. Cuando uno duda entre dos sendas, cuando no está clara la continuidad del sendero y pregunta a los escasos interlocutores que encuentra en mitad del campo o a la salida de las aldeas, inevitablemente uno se siente contestado en el idioma cinematográfico de los *sioux* o de los *cheyenne*: «usted seguir derecho y volver luego izquierda...» «Pero, ¿por qué me habla usted así?...» «¡Ah, claro! Es que usted habla muy bien el castellano». «Pues claro, hombre, como que soy castellano de nación...» Y es que la casi totalidad de andadores del Camino —que este año han sido especialmente numerosos— viene de Francia, de Alemania, de Bélgica, de los Estados Unidos... Movidos por la importancia y el embrujo de este hecho, todavía en pie, pieza única, que por ser una de sus razones vitales, tiene tanto de símbolo de Europa. No es vana cosa pensar, con Américo Castro, que el «Camino de Santiago» estableció una barrera —a la vez real y legendaria— que impidió que Europa se vistiera de chilaba para los restos.



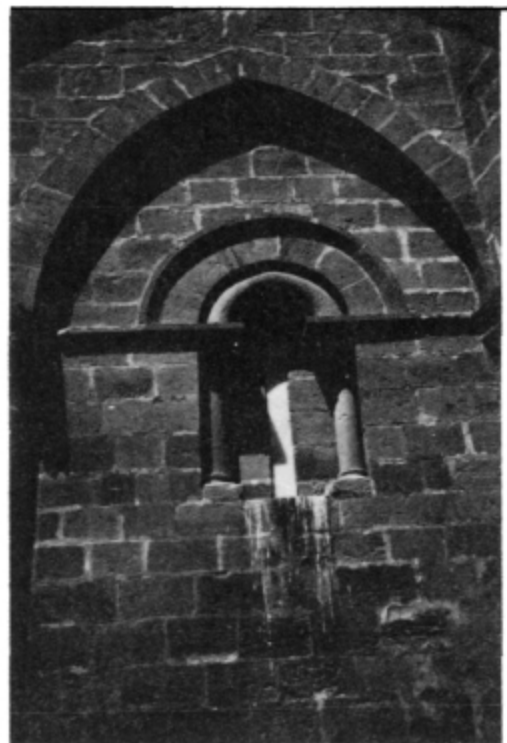
Cruces, bifurcaciones; es decir, perplejidad. El Camino está lleno de estas dudas que, con frecuencia, no tienen más solución que la información oral y previa. Ni más señal que el instinto. Con el riesgo del tiempo y los pasos perdidos, en un afán donde el tiempo cuenta y los pasos quebrantan.

Al margen de su consideración religiosa, el Camino es un hecho histórico, un hecho cultural, porque sigue siendo un hecho físico. Y la suma de tales partes le convierte en un deslumbrante hecho turístico, a poco que se haga por mantener y clarificar su mismo trazado, por hacerlo visitable y por limpiar el polvo y sacar brillo a su instalación y mobiliario. Al viajero que va a Roma no se le pide, encartada en las páginas del pasaporte, una confesión de fe católica. Ir a Santiago por el buen Camino no significa —ni siquiera cuando se hace a pie— una profesión de fe compostelana. Lo único que se requiere es gusto por las formas, oído para las músicas, paladar para la mesa y una dotación mínima de sentido de la Historia.

Desde el primer día de julio al cinco de agosto he visto cruzar por los caminos, por los campos, gentes de a pie y en bicicleta —con múltiples matrimonios o parejas en tándem— deslumbrantes grupos de motoristas, manadas de autocares; he sabido de los caminantes puros, porque resulta muy difícil coincidir, cuando se anda, en el espacio y en

el tiempo. Pero también he vivido las carencias, las insuficiencias, las desatenciones genéricas al «Camino de Santiago» y a sus posibilidades. Y eso es lo primero que hay que contar.

El Camino, en su sentido físico, literal, sigue existiendo gracias a la tradición, a la transmisión generacional de las gentes que pueblan sus lindes y arribes. Y sigue, en una buena parte, siendo practicable, pudiéndose cumplir (en medio de los montes, a través de los bosques, o invadido por la maleza) por obra y gracia de quienes, constituidos en espontáneos conservadores, se encargan por su cuenta de mantener la continuidad, señalando con flechas de pintura amarilla, con simples brochazos, a veces, el rumbo, en las piedras del suelo, en los árboles que lo flanquean, en las propias señales oficiales de las carreteras, en las fachadas de las casas, tenadas y corralones. Infeliz, sin embargo, del que pierden el hilo amarillo de estas modestas señales. Hará, en vano, decenas de kilómetros; dará vueltas insensatas —carentes de sentido— por los hayedos, los rebollares, las robledas y los pinares. Y tendrá, sobre todo, la triste sensación que se instala en cualquier alma desorientada. Infeliz también y cada día quien se vea obligado a cambiar el suelo que pisa, en una misma jornada, desde el horrible aglomerado asfáltico de las más pimpantes carreteras, hasta los cantos movedizos, pasando por las lajas de pizarra, que asoman la cresta para ruina de quien las pisa, por la grava inmisericorde, o por el estiercol remojado de las *corredoiras*. E infeliz, sobre todo, de quien encuentre, como sucede en el Alto de Erro, en las inmediaciones de San Juan de Ortega, el alambre de espinos de los cercados; sobre todo si no se atreve a franquearlos. O de quien tope, ya en Galicia, con la privatización del camino, cerrado al caminante por más sólidas y disuasorias razones.



Irache, como Iranzu, como tantos Monasterios crecidos en el Camino resuena con una injusta y despilfarradora vaciedad. Hay demasiada razón de ser en piedras tan perfectas como huecas. Que claman en el desierto de lo que no se quiere oír.



En el Alto de Erro, en los primeros trancos del Camino, aparece la primera frontera privada, que impide al andarín seguir con fidelidad la senda. Hasta llegar a Compostela va a repetirse el impedimento.

El Camino existe y debe, necesariamente, seguir existiendo. Porque, en los grados de perfección que su andadura admite, hay un grado supremo e incomparable, que es el de la caminata pura, despojada venturosamente del estrépito, la peste y la prisa, en cuyo ejercicio aprende o recupera el hombre las palabras y los sonidos, los nombres y las cosas, y acaba distinguiendo por su canto a los pájaros y llamando a las plantas con propiedad y conocimiento. Y está y se sabe solo, humanamente solo, aunque tan amparado y sostenido por la naturaleza.

Y debe tener las alternativas proporcionadas al modo de andar por él. Alternativas que no son consideradas con el jinete, o el ciclista, por ejemplo, cuando se trata de carreteras sin arceles —o con arceles solados de descuido y dejación— o de caminos a los que el paso continuo de los tractores convierte en trampas permanentes. Porque una de las virtudes del Camino andado es el ejercicio físico en el más codiciable ambiente; pero sin que se convierta en una prueba innecesaria de resistencia ante la adversidad de las condiciones.

El «Camino de Santiago» no se conforma, claro está, con ser un itinerario de bellezas y purezas naturales. Está cuajado de otros intereses. Los artísticos, por ejemplo. La flor y la mayoría del Románico, el alma del Gótico, la música de la Edad Media, del Renacimiento, la organería barroca. A falta de las señales prácticas de cada tranco, a sobra de las señales falsas que identifican con el Camino su más próxima correspondencia de carretera, tiene esta senda las señales de identidad de la más noble y depurada arquitectura. En muy buena parte de su trazado, no hay exageración si se asegura que está jalonado parigualmente por los mejores fustes y los más nobles troncos; por las columnas vivas de los árboles y la vegetación perenne de los innumerables capiteles.

Ni se para en su condición de testigo, de tremendo y definitivo testigo de la Historia. Desde la sepultura de Sancho el Fuerte, en la penumbra de Roncesvalles, hasta Compostela, están las más claras razones funerales de nuestra continuidad: Nájera, Leyre, Burgos, León. No es tampoco y sólo eso el Camino, o que enlaza a su paso toda la variedad, la condición plural y contradictoria de nuestro suelo, nuestro perfil o nuestro aire; desde los hayedos umbríos de Ibañeta, a los castañares de Lugo, por la aspereza primitiva de Montes de Oca, la geometría elemental de Tierra de Campos, el distanciamiento abrumador de los páramos leoneses, el anacronismo viviente de Foncebadón o Los Ancares, la benignidad de los valles del Orbigo, de las arboledas del Esla; o la intimidad labriega del descenso ya cercano a Compostela.



La sepultura de San Juan de Ortega, gran caminero de Santiago, tiene la fuerza del símbolo. Por cuanto manifiesta las razones de la piedra y sus trazas; por su establecimiento; por la soledad de una iglesia restaurada y pulida, junto a las cuatro paredes destartaladas del Monasterio.

El hacedor del Camino tiene al alcance de la mano la huerta de Navarra, la antología comestible de la Rioja, las mesas consistentes de Castilla y León. La más rica y diversa carta de vinos. Puede oír el contraste de los más varios acentos. Asistir al ejercicio de las más distantes tareas. Cultivar la liturgia natural de las artesanías. Estar tan lejos y tan cerca como quiera de cualquier referencia. Alternar el encanto de los hallazgos aldeanos con la recuperación del tiempo y el estilo en las ciudades que ejercen y en las que merecen el ascenso. No es ninguna hipérbole decir que el Camino pasa por media España de lugar y por los cimientos de su tiempo. Que es un hecho, cierto y distinto, esa pieza única, como una exposición permanente y genuína de este pue-



La corredeira sombreada y fresca, desigual en el suelo, se convierte en un cilicio en cuanto llueve. Así como estaba en agosto de 1984, lleva al caminante hasta la intimidad de Galicia, hasta la verdad de las gentes y la transfiguración continua del paisaje.

que no excluya cualquier perfeccionamiento o ejercicio de la capacidad humana. No se queda, sin embargo, en puro turismo de libro y gafas de concha. Puede ser, incluso, turismo de destreza, de energía, de musculatura. Por lo mismo que no tiene limitaciones de turismo estacional; al menos estrechez de márgenes. Desde las primeras benignidades de la primavera a las últimas concesiones del otoño, *es tiempo* para acudir a la llamada del Camino. *Hay ocasión* para enriquecerse con sus valores. La primavera es una fiesta en la Maragatería o el Cebrero; un exceso en El Bierzo. El otoño transfigura los hayedos navarros, convierte el cuenco del Najerilla, desde los bordes del río a lo alto de la Sierra de la Demanda en un milagro de color que ya contemplaría, junto a su pueblo, Berceo. El verano no es tanto —y uno lo sabe bien— en la plenitud de Tierra de Campos. De abril a octubre, hay que arreglárselas muy bien para hacer el «Camino de Santiago» sin participar en algún festejo o acontecimiento o ceremonia populares. Por lo mismo que hay que poner mucho empeño para no lograr, por mucho que se sepa de antemano, algún descubrimiento magnífico.

El Camino no es una suma de valores, una añadidura postiza de recursos turísticos. Porque es un resultado. El resultado de una tarea de creación y enriquecimiento que pudo darse por satisfecha y cumplida al cabo de ocho siglos. Un resultado fascinante que, por su misma condición —su alma de vía, de acceso— aún cuando en su trazado antiguo y ortodoxo llegue al sendero, se convierta en herbazal, se aventure por los bosques, nunca llega a estar tan distante y a trasmano que no cuente con una alternativa —carretera, camino, pista— accesible a cualquier medio de traslado. El Camino condicionó, guió, trazó los nuevos caminos posteriores y sustitutorios. Por lo cual, es el Camino una ruta o itinerario turístico natural; más atrayente, sin duda, que cualesquiera de las rutas artificiales que el ingenio de los promotores improvisa y argumenta.

blo de variedades, contrastes y desequilibrios, que en la riqueza de registros y mixturas hace consistir la belleza y brillo de su armonía.

2. Las capacidades

Hay, por supuesto, un turismo de sol, marea y discoteca, del que no se trata, por supuesto, aquí. Sin que ello quiera decir que el «Camino de Santiago» carezca de sol, de agua fresca o de música estimulante, bien sea obstinada en *la marcha*, bien picante en *la salsa*, en conformidad con las proclividades del personal. Pero el turismo —pese a lo que pudieran indicar los esfuerzos hispánicos en este sentido— no sólo es eso. Habría que saber —se sabe, sin duda— cuántos viajeros pasan por Italia sin probar la arena, ni el tacto del agua salada, ni el arrebato de megafonía.

Algo hay, sin embargo, que iguala las especies, las cualidades del turismo, y es la realidad imprescindible de los atractivos. Acudir donde nada nos llama nunca es turismo. Si acaso vagabundeo. Y se diría que las posibilidades, las llamadas turísticas del Camino, con ser tantas y tan diversas, no cuentan por sí mismas, sino por su difícil conjunto y por la permanencia de su realidad. El «Camino de Santiago» no es una ruta turística, sino una rara y como preparada superposición de rutas. De ahí que sus posibilidades específicas acaben por ser genéricas, como consecuencia de la pluralidad de gentes capaces de sentir su reclamo.

A primera vista, el «Camino de Santiago» parece un ejemplo, un perfecto modelo de turismo cultural. Y lo es verdaderamente, si tomamos el término cultural con la amplitud debida; con una generosidad



El Camino, a veces, aparece revestido de carretera, como en este lugar refrescado por el agua del Orbigo. Los pies del que camina no agradecen nada el asfalto; ni la aspereza apelmazada de los arcenes.

Y es curioso que, si entráramos en los papeles de los promotores, encontraríamos, sin duda, turismo de ir a Santiago, turismo de Año Santo o de fiesta del Apóstol; pero muy raramente el específico hecho turístico del «Camino de Santiago». Se ha descubierto la organización turística de los acontecimientos principalmente religiosos, mientras queda olvidado aquello que es genérico, permanente y sustancial: el conjunto o resultado de valores que lo son en sí —con independencia de su origen— y que lo son siempre; aparte de que, por las circunstancias, coincidencias y añadiduras, lo sean más. Haría falta un celo jacobeo demasiado encendido para relacionar la dimensión religiosa con la condición y abundancia, por ejemplo, de los vinos riojanos, de los asados burgaleses o los opulentos botillos de León.



Esa señal amarilla, flecha, mancha, brochazo, se convierte en la obsesión del hacedor del Camino de Santiago. ¡Ay de él, cuando falla la marca! ¡Ay de él, por consiguiente, en tantas ocasiones, en tanto Navarra y tanto Rioja! Resulta difícil de creer que el seguimiento del Camino depende de la iniciativa espontánea de unas gentes benéficas y dejadas a su voluntad. Cuando se siente la gratitud del Camino acertado, o la desolación del Camino perdido, ni siquiera puede el caminante saber a quien tiene que dirigir el agradecimiento o la añoranza.

La virtualidad turística del Camino se entiende muy bien, cualquier día de agosto, precisamente en León. Si hay algo que no pueda esconderse —como tampoco inventarse— es la concurrencia de forasteros. Los hay o no, en un determinado lugar, y en cualquier caso, se nota. El verano pone a León a hervir en materia de forasteros. De unos viajeros, por supuesto, muy significativos y distintos de los que rebosan en Torremolinos, Santa Eulalia del Río o Benidorm. Porque son muy otros. Y con notas diferenciales acaso más sorprendentes, porque, unos con

otros, son mucho más jóvenes, no menos atractivos; porque son con frecuencia hermosas muchachas que miran la catedral, San Isidoro, o se llegan —como pueden— a San Miguel de la Escalada, que dibujan, apoyando la carpeta en las rodillas, los ábsides de Gradefes, o fotografían, meticulosos e infatigables, las herraduras de ladrillo de Sahagún. Que no desprecian la piscina, el río; ni huyen de la discoteca o de ese peculiar centro, por ahora llamado *pub*, del que pueden encontrarse insignes instalaciones, sin ir más lejos, en Osorno (Palencia), por poner un ejemplo de lo insospechado. El turismo de León viene al amor de la piedra, aunque no tenga nada de petrificado y en muchos casos —¡válgame Dios, que sí!— merecería ser esculpido...

Uno ha visto muchas veces —y en tan diversos y distantes lugares— el espectáculo pintoresco de la visita turística colectiva a las grandes piezas que nadie puede pasar sin ver. Lo que, en algunas ocasiones, he definido como el rebaño exhausto y dócil, que sigue mucho más las señales de alto y marcha, de giro y contragiro, que el rabadán hace con el pañuelo, con el cartón, con el paraguas de color, que las peroratas descriptivas y enriquecedoras. Y sin dejar de apreciar el pintoresquismo, uno, modestamente, ha pensado siempre que menos mal. Que también es bueno ver la Acrópolis, «La Primavera» de Botticelli o el «Entierro del Conde de Orgaz», aunque sea en el seguimiento cansino del paraguas.

Y no es que el turismo de simple ver quede excluido del «Camino de Santiago». Sino que, a más del *de ver* —y del de comer, y del de ir a los toros, y del de descansar, y del de andar— tiene su instalación natural en el Camino el turismo *de fijarse*; de aprender, de gozar con el conocimiento como se goza con el sentimiento. Nadie va a dudar de la eficacia turística de Mozart en Salzburgo; ni de la de Karajan en el mismo Salzburgo o en Berlín. Y esta es una condición que, sin excluir al cuantitativo, garantiza el turismo de calidad, de estabilidad, de transmisión patrimonial, como quien dice, y —si sabe hacerse— de rentabilidad más elevada.

El «Camino de Santiago» reúne todas las posibilidades del turismo de pasar y les añade las del turismo de estar, si es que descubrimos y ponemos de pie sus posibilidades evidentes. Por vía de ejemplo, pensemos qué sucedería si, en vez de reducirse a una casi heroica iniciativa muy privada, cobrara su dimensión debida la investigación, la enseñanza y la recreación de la música organística en los increíbles —insospechados, desproporcionados— instrumentos de Paredes de Nava, Villasandino, Melgar de Fernamental, Covarrubias, Osorno, Carrión de los Condes...

Para llegar a estos fáciles descubrimientos, bastaría con que las capacidades de iniciativa —públicas o privadas— cayeran en la cuenta de que el Camino es un hecho tan irreversible como todavía vivo; tan esplendoroso como perecedero, cuyo resultado no obliga a creencias o devociones, aunque es claro que tampoco las excluye. Porque la hechura del Camino enseña, por lo pronto, que constituye en sí mismo un raro ejemplo de compatibilidad.

3. Las carencias

No tienen, por supuesto, estas páginas una intención ambiciosa ni

espeleológica. No pretenden decirlo todo, ni alcanzar las simas del tema. Ya he dicho que se trataba de un toque de atención; eso sí, lo más sonoro posible. No cabe aquí el estudio minucioso de los problemas, de las carencias, de las necesidades; como tampoco se ha intentado la enumeración detallada de los recursos turísticos del «Camino de Santiago». Bastará con el trazado de un diseño general, a mano alzada, en el que se insinúen las necesidades primarias para el desarrollo turístico de tamaña posibilidad.

Y habrá que empezar por el principio. Habrá que ponerse a estudiar, con seriedad y diligencia, tanto el trazado genuino del Camino como sus posibles alternativas, proporcionadas al medio en que pueda recorrerse. Y partir del principio de la misma variedad de procedimientos para definir, en cada uno de ellos, sus necesidades, sus conveniencias y hasta sus óptimas infraestructuras.

El viajero de a pie requiere, de entrada, claridad en el trazado, suficiencia en la señalización, información regular establecida, que pueda obtenerse no sólo al pie del Camino, sino previamente y desde cualquier lugar. Un caminante normal —aunque haya rebasado la cincuenta, como uno mismo— tiene que saber que no le va a pasar nada por caminar entre veinte y treinta kilómetros por jornada. Pero un caminante juvenil tiene que saber sus propias limitaciones. Y tiene que contar, al final de cada gloriosa —pero a veces dura— etapa, con los medios necesarios para ponerse bajo un agua a temperatura graduable, en una instalación limpia, grata y acostumbrada al cliente que camina. Debe tener a mano la posibilidad de comer cuando acaba, y no de acuerdo con raros horarios y exigencias al revés; es decir, acatamientos de órdenes que le dan al cliente, en lugar de servicio de las que el cliente da.

En la personal experiencia, habrá que anotar cómo resultó imposible, en un establecimiento turístico nacional y oficial, poder acompañar la cerveza con unas lonchas de jamón o unas rebanadas de queso, a las siete de la tarde, «porque no estaba abierta la cocina». Imposibilidad que no cedió ante la declaración paladina, por mi parte, de que no quería el queso al pilpil, ni el jamón en pepitoria, sino en su natural crudeza. O el no menos lamentable hecho de que otro establecimiento de sublime categoría exija durante los meses de verano el régimen de

Y ¡al fin! Compostela. El olvido del Cansancio, de los suelos difíciles, de las cuestas arriba —y abajo— del sol, de los mosquitos, de los camiones. La suma de todos los bienes, en esta arquitectura magníficamente desafortada. Cualesquiera que fueran las intenciones, Compostela va a ser siempre algo del que camina, va a tener con Santiago una última y gozosa complicidad.



RESUME

Le Chemin de Saint-Jacques demeure encore un fait phisique; il est aussi un fait culturel qui dépasse même le pur et simple aspect religieux. Nous en parlons du véritable Chemin de Saint-Jacques que nous venons de parcourir à pied, peu à peu, tout au long de ses plus de sept cens kilomètrés et non du chemin mythique et topique duquel on a entendu parler ou que l'on connaît à l'aide de ce que les autres nous ont raconté. Nous en parlons de cet ensemble de nature, d'histoire, d'art, de savoir vivre, de gastronomie, de sagesse que, nous insistons, réellement existe encore, bien que menacé de discontinuité, frappé par l'agressivité des sols, aveugle comme conséquence du manque de signalisation ou à cause d'une signalisation précaire. Il est vif, malgré tout, puisqu'il y a des gens qui le parcourent, mais il peut mourir ou se transformer en vestige et devenir une simple citation accréditative d'orateurs niais le jour ou, par la faute de son impraticabilité, de sa discontinuité, de son manque de clarté, il deviendra quelque chose d'abstraite qui suivait le cours des montagnes. Ou bien quelque chose d'autre que l'on a porté à l'asphalte: une falsification vulgaire et mutilée.

media pensión; y, no conforme con tal dictadura, cargue, sin previo aviso y como gasto *extra*, no ya la diferencia entre el precio del menú y lo que le sustituya; sino todo lo que le sustituya, además del precio del menú. Pongo por caso...

Pero hay muchos modos de hacer el recorrido. Y algunos en total desuso por falta de instalaciones mínimas; como es el tan acreditado en otros tiempos y tan tradicional de la cabalgada. Hay que saber los modos y definir las conveniencias y relacionar las respectivas necesidades. Como hay que aplicar a esta incomparable posibilidad turística lo que sería deseable en cualquier caso: la posible unificación y regularización de horarios de visita a los lugares cerrados, que no pueden depender de que esté o no el capellán, el sacristán o el encargado. O el aviso previo, muy previo, de la imposibilidad de visitar un monumento porque está en restauración, como se avisa de un puerto de montaña cuando está cerrado. Ciento cincuenta kilómetros hice el año 1983 para que mis hijos vieran el monasterio de San Zoilo, en Carrión; para descubrir, en su misma puerta, la imposibilidad de paso. Este año, al hacer el Camino, sólo me encontré con la imposibilidad de fotografiar sus piedras... que deben ser más sensibles o peredeceras que las de la catedral de León, sin ir más lejos.

Y se impone el estudio serio —pero urgente— de los recursos turísticos del Camino; así como la posibilidad, nada remota, de revivir tantas magníficas arquitecturas, con o sin restauración, que denuncian con su vacío, o con su precario y degradante empleo, la falta de sensibilidad, de imaginación y de coraje de cuantos permitimos su desuso o su prostitución. No puede seguir habiendo monasterios dedicados, un par de meses al año, a colonia escolar, o propicios al turismo ínfimo y descomprometido del fin de semana; al menester de antiguo «Parque Sindical» dominguero, y al baldío, a la desatención durante los días de diario. Que los ejemplos sirvan, no como una simple relación de agravios, sino como estímulos del trabajo serio, de la consideración minuciosa y realista que del «Camino de Santiago» como filón de recursos turísticos es menester hacer.

Que es menester hacer —y hacer muy bien y muy pronto; antes de que avance el deterioro— porque hay que remover las estructuras. Y las estructuras mentales, para empezar. Puede que se diga que el descubrimiento turístico del «Camino de Santiago», tomado en su unidad y conjunto, va a ser el descubrimiento del Mediterráneo. Pero resulta que el Mediterráneo fue, no hace tanto, un descubrimiento turístico descomunal. Porque no basta con la estancia de las cosas; sino que hay que verlas y echarles el ojo del experto, el paladar del catador. Eso que permite que no sigan siendo, inertes, lo que son; sino que se transformen, a partir de sí mismas en otra realidad deslumbrante.

Incluso esto tan concreto, las carencias del «Camino de Santiago» como recurso turístico, tiene que empezar, también por el descubrimiento. Como el descubrimiento debe desarrollarse de acuerdo con una adecuada metodología. Para quien ha palpado, físicamente, una por una, las posibilidades y las menesterosidades, el filón es tan rico que no puede desperdiciarse en escarceos, ni en acciones anárquicas. Lo cual, por supuesto, obliga no sólo a mover las estructuras, sino a conjuntarlas, a armonizarlas. Por eso no es este tema que pueda afrontarse con frivolidad.

4. La posibilidad

Pero, ¿puede afrontarse con realismo? ¿No será todo esto la utopía del caminante, una especie de espejismo jacobeo, de síndrome del bordón? Una idea deja de ser válida en cuanto se convierte en utopía. Casi deja, sin más, de ser idea. El imbécil es un ser capaz de concebir media docena de ideas geniales al día, sin que una sola tenga visos de realidad. Lo que uno ve al patear el «Camino de Santiago», por el contrario, es tan deslumbrante, tan sustancioso, que parece una utopía.

Lo que sucede es que en esta vida hay utopías posibles. Que sólo necesitan, para realizarse, un punto de coraje y mucho tesón. Tanto más, cuanto mayor sea la inercia que ha de ser vencida. La inercia de la dificultad, la de la pereza, la del costo... y la de la envidia. Una de las cosas que el hombre no perdona es no ser el otro. Y hace cuanto pueda para conseguir que el otro no sea. Y esta es, sin duda, la inercia más inerte. La peor.

La medida de la posibilidad —de esta posibilidad— es necesaria; es imprescindible. Lo que no puede ser es previa. El prejuicio es el establecimiento previo de la imposibilidad. Y hay que avisar de ello al dar el trompetazo. La recuperación cultural, la vitalización turística del «Camino de Santiago» no es —estoy seguro— lo que Giovanni Papini llamaría «el sueño de los novicios». Hay que ser profeso en la caminata para saberlo. Pero hay que probarlo. Y eso pretende esta perorata de urgencia. Que lo pruebe quien lo tenga que probar.

Vienen las gentes, sin que nadie las llame, sin que nadie les mueva. Un colegio francés entero, provisto de autocares, acompañado de automóviles, equipado con remolques, hizo un alto para comer, el 26 de julio, por más señas, en Foncebadón, el pueblo fantasmagórico, de pizarra y vacío, del Irago. Cuatro días más tarde recalaba, ya de vuelta, con toda su intendencia, en Piedrafita. No era un colegio de monjas. Junto a los muchachos, que ocupaban los autocares, las familias formaban con sus coches una caravana alegre, brillante. Y envidiable.

En Paredes de Nava —y sus armónicos alrededores— ha montado su campamento de órgano barroco Francis Chapelet. Universitarios de media Europa mantienen cursos, seminarios, convergencias sobre el «Camino de Santiago». Por eso, cuando uno pregunta a los labriegos y a los pastores, le contestan: «Usted ir derecho. Luego, torcer...». Cuando la pereza —o cualesquiera de los otros parientes capitales— decreta la utopía previa, siempre hay quien tiene que darnos la idea, a ver si tenemos, por lo pronto, capacidad para la vergüenza.

Que se patee el Camino el que quiera saber, por ejemplo, qué ha pasado, de veras, en los pueblos; para que descubra, por ejemplo, que los pueblos no madrugan, y las aldeas, menos. Que apenas encuentra uno a quien dar los buenos días, porque ya no se va andando, ni en caballería, al hato, ni se hace a mano lo que hacen las cosechadoras provistas de cabina hermética, con aire acondicionado. O para comprobar que, en los minifundios gallegos, la cosecha sigue siendo una tarea familiar, pero en la que las mozas participan, si el sol se pone pelmazo, provistas de vaqueros recortados. O para descubrir hasta dónde puede llegar la impudicia de la cursilería en un presbiterio

SUMMARY

«The Road to Santiago», is still a physic fact, and also, it is still a cultural fact which surpasses even its simple religious meaning. We are talking about the real and true «Road to Santiago», recently made on foot, step by step, along more than seven hundred kilometres. We refer not to the myth, the Road known through quotations or by ear. We are talking about that whole of nature, history, art, food, behavior, knowledge, conscience, which, we insist, still exists in real life, although it is threatened by discontinuity; wounded by aggressiveness of the soil, blind from the unexistent or scarce signaling. It is still alive, because in spite of everything, there are still people walking along it. But it will die, it will become a vestige and a crediting quotation for stupid orators the day it will be an abstract thing, from lying impracticable, interrupted and vague, and that formerly they say it throught the fields.

It could be also another thing, something like a common and devaluated counterfeit, brought into asphalt.

románico de primer orden, al que el celo del párroco, ribeteado por un prurito de *aggiornamento*, no ha dudado en dotar de una monstruosa pantalla abatible, fijada en los muros de piedra, para proyectar en ella, a retropropulsión, las diapositivas que dispara el proyector, entronizado en una purísima hornacina del ábside. Porque el «Camino de Santiago» no es una antigualla devota, no es un vestigio, por prestigioso que fuera; sino que sigue siendo, principalmente, un camino, por el que pasa la vida, al que la vida se asoma sin disfrazarse ni mirar atrás.

Puede que eso, la conjugación de un pasado sabía, amorosamente reunido a través de los tiempos, con un presente fresco y natural, constituya la más honda virtualidad del «Camino de Santiago». Y el descubrimiento de su evidencia, en un futuro no demasiado lejano, no demasiado irreparable.

A poco que se sea, a uno le enseñan, cuando va a Moscú, ese fastuoso monasterio, recamado de liturgias imperiales, vibrante de voces operísticas, relumbrante de oro, penetrante de incienso. A ver si nos decidimos a que las cosas tengan su sitio y cada uno su manera de tomarlas. Para que no caigamos en más silencios culpables, en más ignorancias punibles, en más derroches de posibilidades, atormentados por una conseja estúpida: «no lo toques, que está bendito»...

El «Camino de Santiago» está ahí. Se lo aseguro. Lo único que hace falta, para que ustedes vean, es descubrirlo.

ZUSAMMENFASSUNG

Der Weg nach Santiago ist —immer noch— eine physische Wirklichkeit; ist —immer noch— eine kulturelle Wirklichkeit, welche die rein religioesche Berueckssichtigung ueberschreitet. Wir sprechen von dem wirklichen und echten Weg nach Santiago, der kuerzlich zu Fuss bewaeltigt wurde, Schritt fuer Schritt diese rund 700 Km gewinnend. Wir sprechen nicht von dem Mythos oder von Erzaehlungen aus dritter Hand, sondern wir sprechen von dieser Gesamtheit, die sich zusammensetzt aus Natur, Historie, Kunst, Kenntnissen, etc., die *immer noch* heutzutage existieren, wenn sie auch gefaehrdet sind durch Unterbrechungen, verletzt duch eine Agressivitaet des Bodens, sehr arm in Beschilderungen. Abgesehen von allem, dieser Weg hat immer noch Leben, da es immer noch jemanden gibt, der ihn zuruecklegt. Er wird jedoch sterben, sobald er sich als unbefahrbar/ungehbar erzeigt, und als eine «abstrakte Sache» zurueckbleibt, oder aber vom Asphalt aufgeessen, so dass nur eine vulgare Falzifikation uebrig bleibt.